



Vol. 10, No. 3, Spring 2013, 458-463  
[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

## Review/Reseña

Díaz, Hernán. *Borges, Between History and Eternity*. New York: Continuum, 2012.

### El vaivén Borges

**Sergio Díaz-Luna**

University of California—Davis

#### 1. Escritura y “teología política”

*Borges, Between History and Eternity* se escribe desde la paradoja y el quiasmo. Tiene un propósito cercano a *Historia de la eternidad* (Borges, 1936). Está escrito para interrogar el *entrecruzamiento* de orillas, los sentidos y las formas de la lengua del tiempo: de lo “histórico” a lo “eterno”. Díaz descubre la manera en que se instalan estos dos polos en el sistema de textos borgiano, los de Borges y los que hablan de su obra, y desde donde se comprenden otros sistemas como material-abstracto,

universal-particular, público-privado, institucional-trascendental, político-metafísico y singularmente, Poe-Whitman. En los paréntesis que explican estos binomios suspende el autor de este libro a Borges.

Mientras que la historia exhibe incisiones y tajos, busca fechas, establece periodos, identifica eras, la eternidad es como un suave *continuum*, sin marcas. Díaz descubre que mientras la visión “histórica” de Borges gravita en un contexto de lo público, con sus contradicciones políticas, los destellos de su linaje *criollo*, sus temas, personajes y fetiches “argentinos”, su perspectiva revolucionaria de la historia literaria y su subversiva concepción del canon. En el otro sentido, la visión “eterna”, la efusión incesante, se fija en un contexto de lo privado, ahí se encuentran los laberintos cósmicos y los acertijos metafísicos, ese vaivén de enigmas, de referencias esotéricas y apócrifos, de realidades anidadas en la cuántica y experimentos teológicos, y el contacto omnipresente con la literatura universal. Díaz observa en esa tensión dos corrientes, una “institucional” y otra “trascendental”, y las ensambla a un aparato crítico que conecta en la galaxia de textos de Borges, las salidas, rutas de acceso, de interpretación, túneles de sentido y avenidas de lectura, señales para comprender—poner en contexto—las formas de esa madeja compleja que diccionarios y lectores absolvemos con el adjetivo de “borgiano”.

El autor se ocupa entonces de articular el enfoque institucional, que toca cuestiones como la tradición: toda la cultura occidental que Borges reclama por derecho propio, y sobre el mismo acorde, la innovación provocativa de buscar en los márgenes acaso, una literatura menor. ¿Cómo y por qué Borges conecta, vamos a decir, a Evaristo Carriego y Heinrich Heine a Ralph Waldo Emerson y Justo José de Urquiza? Díaz intuye aun más, ¿cómo coexisten en Borges la mitología popular, su rabioso anti-Peronismo, la pampa rústica y sus “orillas”, con su obsesión por el cosmopolitismo de una Argentina arquetípica, moderna y romantizada? Estas lecturas contextuales, explica Díaz, tienen que ver con las intervenciones de Borges en la historia, en sentido literario y político.

Entrecortando esa otra orilla que la dialéctica de este estudio diseña, el enfoque “trascendental”, advierte el autor, requiere de un esfuerzo mayor, ya que Borges es en gran medida responsable de este tipo

de recepción, de acuerdo con la cual, “Borges” es casi un inexplicable cuerpo celeste que flota en el éter sin una dirección o punto que lo aferre al espacio y el tiempo, un ciego sabio disociado de la tradición, de cualquier tradición. Entonces, ¿qué nos dicen sobre la crisis de la subjetividad sus preguntas por la noción de autor y de originalidad?, ¿qué implicaciones filosóficas hay en sus recurrentes *mises en abyme*?, ¿cómo su erudición y distorsión de los géneros literarios desafía el estatuto de verdad y de frontera en la escritura?, ¿cuáles demandas sobre las estructuras del poder trasluce la *ficcionalización* de la realidad?

Díaz adelanta una intervención profunda que analiza las fuerzas que oscilan entre un enfoque y otro. Del binomio de opuestos historia/eternidad, se sigue el par política/metafísica, cuyo espectro en conjunto da nombre a la primera parte del libro: “Teología política”. La tesis central aquí, es que hay una relación quiásmica que aproxima estas unidades opuestas, es decir, hay en Borges una estructura más “metafísica” en sus intervenciones “políticas” más audaces, y viceversa. En este sentido, las clásicas alegorías de Borges, el mapa de un imperio que contiene el imperio mismo, el jugador de ajedrez cuya mano es movida por un dios siendo otro, son reflexiones sobre cómo el poder manipula nuestra percepción y condiciona nuestra interacción con el mundo. Lo que de otro modo propone señales para seguir una cuidadosa lectura de Borges en clave de teoría política.

Díaz entiende el guiño antitético en las odas a la patria de Borges, por ejemplo, y se interna entonces en un ejercicio de observación crítica sobre las “Oda escrita en 1960” y “Oda escrita en 1966”, así como “La secta del Fénix”, “El congreso”, y “Nueva refutación del tiempo”, entre otros textos. Su estudio va entretejiendo una poética, presentando la microscópica maquinaria de intertextos y juegos retóricos, de símbolos, aporías, fetiches y recurrencias semánticas, y una política, desplegando conceptos en Borges como “nación”, “poder”, “instituciones”, “Argentina”, “Los Estados Unidos”, y finalmente, una metafísica, articulando en términos filosóficos y teológicos el sentido que toman palabras como “realidad”, “sueño”, “héroe”, “patria”, “Dios”. En este punto, el autor acciona la bisagra que lleva a la segunda mitad del libro: “The United States

of America” y más textualmente, a las figuras de Edgar Allan Poe y Walt Whitman.

La primera sección de la segunda parte “Edgar Allan Poe (On Murder Considered as Metaphysics)” ilustra como los textos más universales y metafísicos de Borges, *Historia universal de la infamia* (1935), “La biblioteca de Babel”, “La lotería de Babilonia”, y “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, confiesan la obsesión de Borges con la Historia y el tema del detective que *da sentido*, que es un híbrido observador/revelador. La segunda sección “Walt Whitman, an American, a Kosmos”, se propone comprender la fascinante influencia que Whitman ejerce sobre Borges. Breve repaso: “Yo fui Walt Whitman”, en “El otro, el mismo”, “se desdobló en el Whitman eterno”, en “Nota sobre Walt Whitman”, “Su fuerza es tan avasalladora y tan evidente que sólo percibimos que es fuerte”, en “El otro Whitman”. Una influencia de orden formal, intravenoso y metafísico. Díaz descubre que ningún otro autor extiende sobre Borges su aura tan profunda y consistentemente como Whitman, desde su primer libro *Fervor de Buenos Aires* (1923) hasta el último *Los conjurados* (1985). Entre citas, por intertextos y notas, Díaz ilumina lo que Borges recibe de Poe y de Whitman, y luego se consustancia como marca, huella o genealogía en su escritura.

Siguiendo al autor:

There is, again, a chiasmus: Poe, the “decadent” writer, designing puzzles of ratiocination, is the prime source of Borges’ political fiction—the one dealing with conspiracies, paranoia, and the administration of reality. On the other hand, Whitman, the “engaged” writer, singing to America and its novel political configuration, becomes the inspiration for fundamental aspects of Borges’ aesthetic program (such as a literature freed from the tyranny of a central subject—the author) and the source of many of his experiments with eternity and totality, such as “The Aleph.” In other words, Poe and Whitman, each in his own fashion, provided Borges with a way to articulate America and the “kosmos,” the historical and the eternal.

## 2. “*esse est percipi*” (“*ser es ser percibido*”) G. Berkeley

Haciendo la escena para sí mismo, en la representación de su propia vida, de su vida de “literato profesional” casi desde la infancia, su destino literario hizo que Borges volviera su obra el decorado de un acto público en que con frecuencia se veía deambulando, desdoblado, “Borges” y él mismo.

Uno que va y se entretiene como el exégeta malabarista, y entonces reescribe prólogos a sus libros, edita y recorta, y torna luego tímido al bibliófilo anónimo, que se sorprende de ese epítome suyo agobiado de clichés y experto en lugares comunes sobre el tiempo y lo infinito. Retorna, alude el autor, la timidez calculada, esa “política del pudor” que describe Alan Pauls, y que también se explica de un modo con “la teoría del iceberg” de Hemingway, que es presentar del relato sólo una fracción de un todo oculto, latente, segmentando la superficie, el contenido manifiesto. En efecto, se trata de una forma de maniobrar con el sentido, de fabricar lectores, de confiar en un más allá del relato.

Así como lo “kafkiano” o lo “benjaminiano” son principios que presentan con cierto orden, un conjunto de signos más o menos frecuentes e inteligibles, que distinguen las estructuras y los modos del *ser*, es decir, aquello endémico que separa e identifica un texto de Kafka de otro de Benjamin, así lo “borgiano” tiene su lugar en los diccionarios de poética y el *argot* de los críticos para definir con un poco de vértigo, los tajos de la ficción en la realidad; cómo la primera, técnica del lenguaje, penetra la segunda, artilugio del intelecto. Arribamos a los lugares comunes marca registrada “Borges”, “...ciertos tics, ciertas manías, ciertas obsesiones o monotonías, que, se reflejan en mis sueños,” dice Borges ante una cámara de televisión sin color pasando los años setenta. Por lo tanto, explica Díaz, esta obsesión por los sueños, sus argumentos a menudo exageradamente escépticos, su solipsismo localizado y sus enigmas teológicos, pueden leerse en conjunto como la convergencia entre literatura y metafísica, asociadas a una reflexión general sobre el poder y las instituciones que lo representan.

Ricardo Piglia en una breve conferencia dictada en Yale apuntaba que, “si la política es el arte de lo posible, el arte del punto final, entonces la literatura es su antítesis.” Y desde que Borges, el “inofensivo anarquista”, imprime en 1933 un *slogan* como el que sigue, muy a pesar de sí mismo, enseña su propia teoría del arte y la política: “Es una insípida y notoria verdad que el arte no debe estar al servicio de la política. Hablar de arte social es como hablar de geometría vegetariana o de artillería liberal o de repostería endecasílaba” (en *Textos recobrados*, 2001, 343). Una teoría en que la literatura no “está al servicio” de causas externas, es autárquica, y a

fuerza de encarnarse, su animal intelectual y político se desata. Aunque Borges se apoye en un acento antipolítico, su estirpe militar y su fascinación por la estética de los personajes del hampa, hablan la lengua de una *real-politik*. Entre esos extremos conviven los primeros ensayos de la década del veinte, las decenas de manifiestos, panfletos y arengas ultraístas, donde Borges parece, “instigar una política del idioma,” sobre el rumor de un lenguaje acriollado y de una ortografía indomable.

El propósito de su estudio, aclara Díaz, no es determinar la consistencia o ligereza del espesor político de Borges o delatar al escritor “comprometido” o tarea similar, tampoco se busca determinar el matiz de su línea ideológica o las proximidades con Bakunin o Weber o Benjamin o Althusser. El investigador aquí, se ha empeñado en explorar la disonancia entre los lados, metafísico y político, de la literatura de Borges, demostrando su coexistencia—simultánea, quiásmica y simbiótica—en los textos.

### 3. El “vaivén”

Escribe Díaz en el epílogo de su libro una escena breve a propósito de una entrevista publicada en *The Paris Review* en 1967, en la que Borges describe las diferentes formas usadas en los bajos y tugurios para nombrar el “cuchillo”. Uno de esos nombres, Borges dice, “era ‘el vaivén’, *the ‘come and go’*. En la palabra “vaivén”—haciendo el gesto—usted ve el destello del cuchillo, el destello repentino. Este destello, este parpadeo de ida y vuelta, es la metáfora adecuada que Díaz desarrolla en todo su libro para definir el movimiento “borgiano”, describir la trayectoria de ese asteroide o complejo cometa de la literatura universal “Borges”. El Borges péndulo, que viene del latín *pendŭlus*, pendiente, que desliga las cuestiones trascendentales de las determinaciones contextuales, evitando la idea de que la Historia supere a la eternidad, pivotea ensayando nuevas fronteras, se arquea y raja con un corte fugaz y armónico. Díaz advierte en el vaivén, que poética, política y metafísica, cruzan la hoja como cuchillos. Este libro comprende en la obra de Borges muchos de esos destellos repentinos.